

COMUNICACIONES

Alteridad y empatía: aspectos hermenéuticos en la filosofía moral de Adam Smith

Muñiz, Marcelo (UBA)

Introducción

Adam Smith es conocido por ser el padre de la economía política aunque su principal interés en su producción intelectual se centró en la Filosofía Moral. Siendo más precisos, deberíamos aclarar que la economía política, en su sistema, es una subrama de la filosofía moral. Brevemente, la filosofía moral es la ciencia que explica las conductas humanas y la economía política la ciencia que explica las condiciones materiales en las que se realizan las conductas humanas. Pero no debe entenderse como relaciones externas sino que la esfera económica abarca a los comportamientos económicos y de esa manera condiciona al resto de las conductas. En este sentido, contrariamente a lo que se podría pensar, los principios que rigen la conducta humana son genéricos y los contextos de la acción humana son específicos.

Es decir, de acuerdo a las condiciones de producción y reproducción social históricamente variables la naturaleza humana va a encontrar formas de manifestarse de manera más o menos consecuente. O lo que es lo mismo, la naturaleza humana es invariable, pero su realización depende de condiciones económicas y políticas no controladas por los hombres. Más adelante haré algunos señalamientos al respecto. No ahondaré en este escueto y esquemático resumen de la relación entre moral y economía política, porque nuestra mirada estará puesta en otro lugar. Tampoco es mi intención en esta comunicación presentar toda la teoría moral de Smith, pero sí rescatar algunas cuestiones que tienen relevancia hoy día y que ha generado una revalorización de la lectura de la obra moral de este autor, y que también ha logrado despegarlo de las lecturas completamente ilegítimas y tergiversadas que la economía conservadora y liberal ha hecho durante los últimos 150 años, creando una especie de monstruo ideólogo del capitalismo salvaje.

Smith y el problema del orden

Una de las preguntas principales que guían a la obra de Adam Smith es la de la viabilidad de la sociedad comercial, la sociedad moderna que él está viendo nacer. No es de menor relevancia la identificación que Smith hace de la sociedad de su época como sociedad comercial, ya que su pregunta está dirigida a entender la diferencia entre esta sociedad y la sociedad feudal, como puede ser claramente discernible la diferencia entre estas en términos de su organización de la propiedad y de la producción.

Cada organización social va a tener su moral, entendida como el promedio social hacia el cual tienden las conductas de las personas. Para Smith no hay principios abstractos ni revelados que permitan identificar el bien o el mal a priori. El bien y el mal se definen socialmente, a espaldas de los propios sujetos, y solamente pueden ser hechosexplícitos como resultado de los procesos sociales, no como fundamento. Lo que le cabe a la filosofía moral es estudiar los mecanismos por los cuales las sociedades definen el bien o el mal, o mejor dicho, en sus propios términos, lo propio y lo impropio.

En la medida que los procesos de producción y reproducción de conductas y normas morales funcionen correctamente, la amplia mayoría de los individuos se moverán dentro de un marco predecible para el resto y de esta manera la sociedad tenderá a perdurar en el tiempo.

Por ende el problema del orden, puede ser respondido desde la filosofía moral. También debo resaltar que la filosofía política ocupa un lugar subordinado a la filosofía moral, aunque superior al de la economía política. Podemos decir que el orden político como el económico participan y condicionan, a veces facilitando, y otras obstaculizando, las posibilidades de que los procesos morales resuelvan el problema del orden. Les propongo entrar en algunos detalles.

Smith tiene una filosofía de la historia, más o menos similar a la que sostenían varios contemporáneos suyos. Identifica cuatro grandes etapas a saber: la sociedad de cazadores recolectores, la sociedad de pastores, la sociedad agrícola y la sociedad comercial. Estas cuatro etapas de la historia humana se corresponden principalmente por la forma de propiedad en sentido general. En cada una la propiedad toma una forma distinta y por ende, los arreglos institucionales que la sancionan y defienden. En las sociedades de cazadores hay pocas cosas que puedan considerarse propiedad, por lo que no hay muchas oportunidades de infringir un daño contra esta. En las siguientes etapas los cambios son sustantivos, principalmente debido a que la propiedad adopta formas de tipo permanente, primero con el ganado, que define a la sociedad de pastores. En ella la propiedad por excelencia son los animales domésticos, que pueden poseerse a lo largo del tiempo y su prole sigue en posesión del propietario de los progenitores. Luego la propiedad de la tierra, en la sociedad agrícola (el sistema feudal es una de las formas que adopta) y finalmente la comercial, en que nace el capital en su forma general. A una propiedad permanente se corresponde, dice Smith, instituciones de justicia permanente. Así la propiedad abre una falla en la sociedad, entre los que tienen y los que no tienen. Y esta necesidad de justicia permanente es el origen del gobierno.

En este sentido esto nos conduce a la política, la pregunta sobre el orden no es original de Smith, es la pregunta sobre el orden como arreglo institucional que el pensamiento político moderno se hace ante la caída del orden teológico feudal. ¿Cuáles son los fundamentos del nuevo orden político? En el contexto escocés se compartía la crítica al contractualismo como solución a este problema. La disolución del viejo orden no se reconstruía a partir de los átomos dispersos que mediante la razón logran fundar un orden legítimo con base en el contrato de todos. Esta solución proveniente del siglo XVII era rechazada por la ilustración escocesa por muchos motivos. El principal, para Smith como para Hume, era su falta de sustento empírico. No había prueba de la existencia de un contrato que históricamente haya existido.

Más allá de la pertinencia de esta crítica, lo que rescatamos es que palmariamente Smith y sus colegas estaban ubicados en un paradigma muy distinto al de los contractualistas, y la única forma válida de conocer los principios que explican el comportamiento humano es por medio de la observación. Dentro del paradigma newtoniano se abría la posibilidad de observar regularidades y sacar conclusiones generales al respecto e incluso postular leyes.

Si el problema para los contractualistas era la amenaza del regreso al estado de naturaleza, a la guerra de todos contra todos, la guerra civil, o a por lo menos la desprotección de la vida y la propiedad, para Smith el problema es otro. Para decirlo en términos más cercanos a nosotros que a los del autor, cómo es viable una sociedad que se basa en un tipo de relación social impersonal y efímera, donde los lazos de sujeción y parentesco se debilitan sino es que ya están disueltos. La sociedad comercial es la sociedad en la cual todos hemos devenido comerciantes, dice Smith, donde para vivir

todos somos compradores y vendedores, como nunca ocurrió en otra sociedad. Esta situación es novedosa y todas las instituciones tradicionales no están a su altura, pero de hecho, las sociedades no se disuelven en átomos, y este es el dato principal que justifica el estudio de las sociedades más desarrolladas.

Lo social, lo individual y nuevamente lo social

Smith comienza la Teoría de los Sentimientos Morales afirmando que el hombre no es únicamente, ni principalmente, egoísta. Esto suena raro para los no lectores de Smith, pero su filosofía moral tiene como principal contendiente a las filosofías individualistas, racionalistas y egoístas de Hobbes, Pufendorf y Mandeville. En el mismo sentido que Hume, Smith piensa que el hombre es fundamentalmente un sujeto de pasiones y secundariamente racional.

La afirmación contra el egoísmo dispara el derrotero para mostrar de qué manera se puede comprobar que los hombres se interesan por sus semejantes sin esperar nada a cambio. Es más, se muestra cómo las pasiones ajenas no nos son indiferentes y que nuestras reacciones no están mediadas por la razón o el cálculo. Ahora bien, tampoco Smith comparte la posición de su contemporáneo Hutcheson, de que la benevolencia es la actitud natural del hombre. Smith reconoce tres tipos de pasiones, las sociales, las antisociales y las egoístas, las primeras nos inclinan hacia los otros (i.e. la benevolencia), las segundas contra los otros (i.e. el resentimiento) y las terceras se dirigen hacia la misma persona (i.e. la prudencia). El hombre no tiene una tendencia natural o preferencia por ninguna de estas en especial, pero las condiciones políticas o económicas pueden favorecer algunas en detrimento de otras.

Para que estos tres tipos de pasiones entren en juego debe darse la interacción con los otros. Para ello se debe mostrar la forma en que somos afectados y afectamos a estos. Esta sensibilidad frente a lo que sienten los otros será una de las virtudes más valoradas por Smith, y la misma debe ser cultivada y protegida. Y en el caso de carecer de ella, hasta el estado debe participar en su promoción, más adelante daré algún detalle al respecto.

Pero como dije, esta sensibilidad abre el juego de interacción entre los hombres, lo que le pasa a otro me afecta a mí. Este dato es el fundamento de lo que Smith llamará simpatía, un complejo proceso de ida y vuelta, negociación o regateo moral entre los hombres.

Smith sin darnos prolegómenos o advertencias, nos empieza ubicando en su libro en la posición pasiva de observador, las primeras demostraciones del libro apuntan a mostrarnos cómo nosotros somos espectadores de nuestros congéneres. Espectadores atentos y sensibles.

Desarrolla dos conceptos claves Smith para explicar el proceso de construcción social de la moral. El primero es el de simpatía y el segundo el espectador imparcial. Para la simpatía algunos intérpretes creen que puede identificarse por lo menos cuatro usos distintos a lo largo del libro. Menciono los que señala Knud Hakkonsen:

Primero hay un cambio imaginario de situación por el cual el espectador intenta, en la medida de lo posible, exponerse a las mismas influencias causales que afectan al agente observado. Segundo, está el resultado de la influencia de esta causa, denominada reacción del espectador. Tercero, está la comparación de los sentimientos originales y los del espectador. Y cuarto, está la emoción originada de esta comparación, la cual es una especie de

placer llamado aprobación cuando los sentimientos originales y los del espectador coinciden, o una especie de dolor llamado desaprobación cuando no. (Hakkonssen, 1981, p. 51)

Ahora bien, como vemos no se trata de sentir lo que siente el otro, ni de que el sentimiento del otro genere en mí simpatía, como es en Hume, sino que lo que hacemos al juzgar las conductas ajenas es ponernos en el lugar del otro para por medio de nuestra imaginación ver qué sentiríamos en su lugar. Si sintiéramos lo mismo aprobaríamos, y si no, desaprobaríamos. Pero no juzgamos con una regla, sino desde nuestro lugar. La imparcialidad del espectador que Smith, al igual que Hume, exige para el juicio moral, está garantizado en la medida en que la conducta del agente no me influye ni positiva ni negativamente. El juicio que realizo es desinteresado, por eso es moral.

Hasta ahora solamente vimos la perspectiva del espectador. Pero también somos conscientes como agentes de que hay un juicio de los espectadores sobre nuestros sentimientos. Como el espectador encuentra placer en aprobar y malestar al desaprobar un sentimiento, al agente le sucede lo mismo cuando lo aprueban o desaprueban. Entonces, si la sensibilidad es la virtud del espectador, la del agente será el autocontrol, la capacidad de regular nuestros sentimientos para encontrar aprobación.

La simpatía primero y el espectador imparcial después, son las mediaciones sociales que darán cuenta de las posibilidades de la continuidad de una sociedad. La sociedad es el resultado de infinitos procesos de simpatía, de un corrimiento de las posiciones de los agentes y los espectadores para ser aprobados y aprobar. Smith afirma que para que una sociedad perdure no hace falta que se logre una identidad entre las posiciones de agente y espectador, sino una tendencia hacia. Estaríamos en presencia de un proceso de ajuste de la moral por medio de este regateo de aprobaciones.

La simpatía rige en ámbitos más reducidos y el espectador imparcial en ámbitos más amplios. Podemos afirmar que hay un continuo entre la simpatía y el espectador imparcial a la vez que hay una prioridad lógica y biográfica de la primera sobre el segundo. El espectador imparcial es el resultado, posible y deseable, dirá Smith, pero no garantizado, para asegurar la cohesión social.

El otro como espejo

Uno de los ejes centrales de esta comunicación proviene de la siguiente cita de Smith:

Were it possible that a human creature could grow up to manhood in some solitary place, without any communication with his own species, he could no more think of his own character, of the propriety or demerit of his own sentiments and conduct, of the beauty or deformity of his own mind, than of the beauty or deformity of his own face. All these are objects which he cannot easily see, which naturally he does not look at, and with regard to which he is provided with no mirror which can present them to his view. Bring him into society, and he is immediately provided with the mirror which he wanted before. It is placed in the countenance and behavior of those he lives with, which always mark when they enter into, and when they disapprove of his sentiments; and it is here that he first views the propriety and impropriety of his own passions, the beauty and deformity of his own mind. (Smith, 2000, p. 210)

Este es el principio que justifica la simpatía antes desarrollada. Robinson Crusoe no existe. Yo soy para la mirada de otro, y yo me veo en la mirada del otro. No soy nada sin el otro, entre otras razones, aquí hay otro argumento más contra el individualismo metodológico o el recurso al estado de naturaleza en sus distintas formas. El hombre es hombre entre hombres, se constituyen mutuamente en su relacionarse. Pero esta relación no es construida desde cero sino que se arrastra de generación en generación dentro de cada comunidad. Los niños son socializados por medio del mecanismo de simpatía, en su caso son moldeados por medio de las aprobaciones y reprobaciones de su contexto. Por ello, como insiste Smith, la deformidad o belleza moral o estética no es un hecho, es una interpretación mediada.

¿Quién es el otro?

La descripción del proceso de simpatía supone y requiere que quien me juzgue y a quien juzgue sea reconocido como par, por lo menos en principio. Esto quiere decir que como ya mencionamos, juzgar para Smith es comparar dos posiciones, la propia y la ajena, pero no todo es comparable, y las condiciones de posibilidad de esta comparación no son elegidas ni por el espectador ni por el agente.¹ Ambos, desde sus posiciones quieren aprobar y ser aprobados, ambas acciones en tanto activas o pasivas buscan encontrar reconocimiento.

Pero como también señalamos, el punto de partida individual es engañoso en el texto, la forma del mecanismo de la simpatía nos puede hacer confundir sobre su contenido. Con el desarrollo, nos damos cuenta de que este individuo ya estaba siempre en sociedad y que lo que evalúa y cómo evalúa ya está también puesto en gran medida por el lugar que ocupa en esa sociedad. Es decir, el mecanismo de simpatía es en principio universal, pero el sujeto de la simpatía no. Smith dice que mientras más cercanos seamos a la persona que juzgamos, mayores serán los recursos que tendremos para ponernos en su lugar y viceversa, como agente, serán mayores las probabilidades de encontrar simpatía en el espectador si éste nos conoce.

Ahora bien, si la simpatía como tal requiere que haya algún tipo de cercanía entre los agentes y espectadores, qué sucede en la sociedad comercial, donde como dice Smith en la RN, tenemos trato con infinidad de personas que no conocemos y nunca conoceremos y probablemente nunca más en la vida volvamos a cruzarnos.

La sociedad comercial potencialmente es la sociedad que puede pensar a la humanidad como tal. El comercio, como era visto patentemente por estos autores, y más específicamente la relación mercantil, con su carácter impersonal y efímero es el marco en el cuál las diferencias se borran. Los hombres se relacionan por medio de cosas, cosas que se intercambian por equivalentes, que también en tanto intercambiables pierden sus características específicas. Como valores de uso son distintas, como valores de cambio son equivalentes.

Lo que me interesa destacar es que la simpatía, pese al extrañamiento de los individuos como agentes y espectadores, en cuanto el requisito de imparcialidad es la condición de posibilidad del juicio moral, se ve reforzada por el distanciamiento mercantil. Y este distanciamiento habitual es lo que genera el distanciamiento del agente de sí mismo para juzgarse, para desarrollar el propio espectador imparcial, lo que el sentido común llama la conciencia moral, cuya principal manifestación será el remordimiento o culpa. No tenemos ni espacio ni tiempo para desarrollar esta figura, pero podemos adelantar, que este espectador imparcial individual, es evidentemente el

¹ El caso extremo es el reconocimiento desigual del señor y el siervo de la Fenomenología de Hegel, el señor es reconocido sin reconocer y el siervo reconoce sin ser reconocido.

resultado de la experiencia con los espectadores reales, por ende, es un producto social y sus juicios tenderán a reproducir los juicios vigentes en la comunidad.

El otro aparece

El punto de partida de Smith, como prueba de la relación moral entre las personas, es la del sufrimiento ajeno. Ricoeur, en su análisis sobre la solicitud, en relación del sí con el otro, muestra al sufriente como el privado de su capacidad de hacer con el que sí puede actuar. Desde la pasividad del sufriente, sólo se puede recibir la benevolencia del otro, desde la posición activa sólo se puede dar simpatía o compasión. Pero sin embargo, el simpatizante se ve afectado por lo que el sufriente ofrece, aunque más no sea su debilidad e incapacidad de obrar, existe reciprocidad en el intercambio, a partir de esta desigualdad. (Ricoeur, 1996, p. 198 y ss.)

Pero en cierta medida, Smith nos diría que hay que matizar esta afirmación, por su generalidad. El sufrimiento puede ser merecido o la benevolencia injustificada. El juicio, que es el punto de partida de la relación entre las personas, evalúa la adecuación entre las causas del sufrimiento y el sufrimiento, no el sufrimiento puro. Y aquí Smith introduce a la razón, en el entender las cadenas causales que afectan a los hombres. A los espectadores no les agrada el sufrimiento en exceso, ni la insensibilidad, pero estas medidas no son objetivas, como señalamos, son subjetivas, históricas y variables, pero contundentes cuando se ejercen. Pero sobre todo son resultado de la evaluación del contexto del agente. Muchos hechos pueden actuar como agravantes o atenuantes en el juzgamiento, y a su vez, nuevos hechos pueden cambiar el resultado de la simpatía, ante la misma manifestación del agente, y sin ni siquiera incorporar la posibilidad de que el agente no sea sincero.

La hermenéutica smithiana

Traté de mostrar aquí que Smith reconoce que la empatía completa no existe y que la simpatía es un proceso guiado por la imaginación, y la imaginación actúa sobre lo que ve y siente. Podemos decir que de lo que se trata es de interpretar al otro y de anticipar o guiar su interpretación sobre nosotros. El otro no es transparente, tenemos signos más o menos confusos, más o menos veraces, pero de lo que se trata no es de la verdad del otro o de mi verdad, sino de nuestra relación. Mi interpretación del otro es tenida en cuenta por el interpretado, y viceversa. Por lo tanto este juego de interpretaciones es el juego social, no hay un otro que descubrir, pasivo, objetivado, dado, esperando por nosotros, la utopía del antropólogo del s. xix. Los hombres para Smith actúan, interpretan su lugar, pero este actuar no es un fingir, la verdad del actor es su personaje, no existe ese hombre puro, pre social, auténtico, corrompido por la cultura o la civilización. El hombre es ese que se muestra para ser leído, que sabe que es leído, no hay un texto privado y un texto público, el texto privado, para seguir con esta metáfora, es resultado del texto público y no a la inversa.

No casualmente Smith piensa en el teatro como principal metáfora de la vida moral, y por ello también la literatura es la principal fuente de ejemplos para su teoría, y tampoco en vano cree que el teatro es una escuela de moralidad, entendida como una escuela para aprender a juzgar, a distanciarse del otro para juzgarlo, y este distanciamiento del otro es el requisito para juzgarse a sí mismo. Interpreto al otro para interpretarme, para leerme. El extrañamiento de los otros, es lo que nos permite

reconocernos, y lo mismo sucede con el yo, el extrañamiento de sí se realiza ante la mirada del otro, me identifico con la mirada del otro y me veo. Pero este juego no es un juego fácil dirá Smith, las condiciones en que esto sucede son ajenas a los individuos, y el extrañamiento puede ser de tal magnitud que la simpatía se vuelva imposible, y esa es la preocupación del filósofo moral, no definir qué es el bien y qué es el mal, sino de reflexionar sobre las condiciones en que los hombres se relacionan entre sí, sobre las condiciones en que el otro es un otro para mí y yo para él. La desigualdad social, la extrema riqueza y la extrema pobreza son en la incipiente sociedad capitalista, dice Smith, las principales amenazas al orden social, por eso el filósofo moral necesariamente se debe volcar sobre la ciencia política y la economía política.

Referencias Bibliográficas

Berry, C. J. (s.f.). Sociality and Socialization. En A. Brodie, *The Cambridge Companion to Scottish Enlightenment*.

Broadie, A. (2006). "Sympathy and the Impartial Spectator". En K. Haakonssen, *The Cambridge Companion to Adam Smith*. Cambridge: Cambridge University Press.

Emerson, R. (2003). The contexts of the Scottish Enlightenment. En A. Broadie, *The Cambridge Companion to Scottish Enlightenment*. Cambridge: Cambridge University Press.

Griswold, C. L. (1999). *Adam Smith and the Virtues of Enlightenment*. Cambridge : Cambridge University Press.

Haakonssen, K. (1981). *The Science of a Legislator, The Natural Jurisprudence of David Hume & Adam Smith*. Cambridge: Cambridge University Press.

Hume, D. (2006). *An Inquiry Concerning the Principles of Morals*. Cosimo Inc. (2010). *A Treatise of Human Nature*. Digireads.com Publishing.

Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro*. Barcelona: Siglo XXI Editores.

Smith, A. (1982). *Lectures on Jurisprudence*. Indianapolis: Liberty Fund.

(1999). *The Wealth of Nations*. London: Penguin Books.

(2000). *The Theory of Moral Sentiments*. New York: Prometheus Books.